

# FERNÁNDEZ Y MANUEL

EL INFIERNO DEL AMOR:  
LEYENDA FANTASTICA

Manuel Fernández y González

**El infierno del amor:  
leyenda fantástica**

«Public Domain»

**Fernández y González M.**

El infierno del amor: leyenda fantástica / M. Fernández y González —  
«Public Domain»,

## Содержание

AL JOVEN ATENEISTA	5
INTRODUCCION	6
I	6
II	7
III	8
PRIMERA PARTE	10
I	10
II	11
III	12
IV	13
V	15
VI	16
VII	18
VIII	20
IX	25
Конец ознакомительного фрагмента.	26

# **Manuel Fernández y González**

## **El infierno del amor: leyenda fantástica**

**AL JOVEN ATENEISTA**  
**DON MANUEL LOPEZ ARZUBIALDE**

*Mi querido amigo: Leyendo lo que yo he escrito para mi velada del Ateneo, en el presente año, ha colaborado usted conmigo, dando á mis versos la sonoridad, que yo, por mis años y por mis achaques, no hubiera podido darles; gracias, muchas gracias, y considere usted que al dedicarle este trabajo precipitado, hecho durante una dolorosa enfermedad, lo hago, más que como otra cosa, como una sincera manifestacion de afecto.*

*Manuel Fernández y González.*

31 de Mayo de 1884.

## INTRODUCCION

### I

El alma alentando la fe que la llena,  
flotando en espacios de luz y armonía,  
con habla sonora que blanda resuena,  
mi musa, en sencilla veraz cantilena,  
hermosas oyentes, su voz os envía;  
Dios haga que ledas la péñola mía  
honreis aceptando su fruto humildoso;  
así la fortuna con signo dichoso  
os dé largos años de amor y alegría.

## II

Yo soy de una tierra de eternos verjeles,  
do en grutas sombrosas de altivos laureles  
se aspira la gloria del nombre español;  
do corren las fuentes por cauces de flores,  
do vagan rientes graciosos amores,  
do brilla cual oro la lumbre del sol.

Do alienta la vírgen de tez africana  
de espíritu ardiente, cual lava que emana  
del cráter profundo de hirviente volcan,  
la luz en la frente del alba serena,  
el fuego en los ojos que al alma enajena  
en dulce mirada de lánguido afan;  
el seno que alienta potente latido,  
que inquieto, al impulso del fuego escondido,  
el alma revela que sueña el amor;

la leve sonrisa del labio hechicero  
que fresco y purpúreo ya exhala agorero  
un triste gemido de vago dolor;

la planta que leve las flores no mata;  
la crencha sedosa que el viento desata  
y rico perfume difunde al flotar;  
la dulce morena de acento suave,  
gacela que trisca, fantástica ave  
que el alma adormece con blando cantar;

magnolia en que toma su esencia la brisa,  
suspiro del cielo, divina sonrisa  
del ángel que guarda la dicha sin fin;  
hurí que en los sueños vagó de Mahoma;  
arcángel humano que esconde en su loma  
velado por flores el alto Albaicín.

### III

¡Granada, mi Granada! yo soy tu peregrino  
que vago en lo pasado, buscando gloria y fe:  
yo tengo entre sepulcros abierto mi camino,  
é impúlsame potente la mano del destino,  
á recibir aliento de lo que grande fué.

Al rayo de la luna que cruza solitaria  
del infinito espacio por la region azul,  
yo elevo á los que fueron mi lánguida plegaria,  
y rompe de sus tumbas la losa funeraria  
el canto que suspira gimiendo mi laud.

Y villas olvidadas que muestran sus almenas,  
levántase á mis ojos la vieja catedral,  
recobran sus escombros aljamas sarracenas,  
y resonar escucho las ásperas cadenas  
al desplomarse el puente de torre señorial.

Un mundo, que ya es polvo, se eleva en torno mio,  
un pueblo, que ya es sombra, me signe por do quier,  
y del presente, pobre, descolorido y frio,  
los soñolientos ojos aparté con hastío,  
buscando las grandezas del olvidado ayer.

Yo soy cantor de glorias; las hadas me han contado  
leyendas prodigiosas que yo te cantaré:  
yo soy tu bardo errante de sueños coronado:  
yo arrancaré á las sombras de su sepulcro helado,  
y voz, y aliento, y vida, potente les daré.

¡Granada, mi Granada! aportillada y rota,  
hundidos tus alcázares, desierto tu Albaicin,  
ni tu pendon bermejo en Bib-Arrambla flota  
ni en tus marciales fiestas ondula la marlota  
del lidiador zenete ó el fiero mogrebin.

Pasaron, y con ellos tus zambras, tus cantares,  
tus damas, escondidas en el celoso haren,  
de encantos y proezas tus cuentos singulares,  
tus amorosas pláticas en rejas y alfeizares,  
y en la callada noche los sueños de tu eden.

Pasaron; fiera, altiva, su incontrastable garra  
ascética, terrible, en tí clavó la cruz,  
y tu gemido triste, que el corazon desgarró,



sin recordar tu pena, al són de su guitarra,  
en la doliente *caña*, repite el andaluz.

¡Granada, mi Granada! fantástica leyenda  
de amor y desventura hoy tengo para tí;  
concede al amor mio que de ella te haga ofrenda  
y un beso de tu boca que, mágico, en mí encienda  
la inspiracion ardiente que un tiempo te debí.

## PRIMERA PARTE

### I

En una calle  
que tortuosa  
con sus aleros  
la luz estorba;  
medrosa y lúgubre  
cuando las sombras  
de la alta noche  
la envuelven lóbregas,  
calle que llaman  
de la Almanzora,  
en la opulenta  
rica paloma  
de las ciudades,  
que el nombre roba  
á la Granada  
que la blasona,  
hay una casa,  
que hoy se desploma,  
cuyas paredes  
el viento azota,  
la lluvia inunda  
y el sol empolva;  
abandonada  
se desmorona,  
los jaramagos  
en ella brotan  
y entre ruinas  
doliente asoma  
el arco bello  
que un tiempo alcoba  
fué de la linda  
Leila la Horra.

## II

En otros tiempos remotos,  
dolor de la gente mora,  
que de Granada recuerda  
la prepotencia y la gloria,  
aquella casa, hoy hundida,  
alcázar fué y noble joya  
de bravos Benimerines,  
noble linaje que goza  
por sus preclaras hazañas  
alto renombre en la historia.

Ben-Jucef el Meriní,  
de aquella casa que doran  
la opulencia y la grandeza,  
es el sostén y la honra,  
y su luz y su delicia  
es Leila la encantadora,  
la de los negros luceros,  
la de la faz majestosa,  
la de los cabellos de oro,  
la de la purpúrea boca,  
la de la ebúrnea garganta,  
la del talle de diosa,  
la del seno palpitante,  
la altiva, la que enamora  
al que su belleza mira  
si el céfiro la destoca,  
ó al que su cantar escucha  
en la noche silenciosa,  
si al pié de sus miradores  
pasa por su mal ó ronda.  
Por pudorosa y honesta  
la llaman Leila la Horra,  
y tambien Leila la Hijara  
porque su pecho es de roca:  
y ella, el amor ignorando,  
de su adolescencia goza,  
como el naciente capullo  
que aún no desplegó sus hojas.

### III

Pero llegó muy presto  
su edad florida,  
pasó su adolescencia  
dulce y tranquila,  
y los insomnios  
encendieron en fiebre  
sus bellos ojos.

Si ántes era una rosa  
por linda y fresca,  
es ya la triste niña  
blanca azucena,  
que sufre y llora,  
y lágrimas y penas  
la descoloran.

Y aunque el viejo la guarda  
como un tesoro,  
de las miradas torpes  
de avaros ojos,  
y celosías  
no dejan ver su encanto  
que el sol codiciá;

y aunque esclavos feroces  
y muros densos,  
á audacias de galanes  
ponen respeto,  
ama la hermosa,  
que no hay puertas ni muros  
que amor no rompa.

Nace en la ardiente vida  
y allí se esconde,  
que el alma tiene el gérmen  
de los amores,  
y comprimidos,  
se exhalan misteriosos  
en los suspiros.

## IV

Y tales los de Leila se exhalaban,  
tan apenados, tan profundos fueron,  
tan claro al padre su dolor contaron,  
que sus fieras entrañas abrasaron  
y su altivez indómita rindieron.

— «¡Ah de la vida y su tormenta brava! —  
siniestro el xeque murmuró, y sombrío: —  
¡Surge á la luz la mariposa esclava,  
el dormido volcan revienta en lava,  
el arroyuelo se convierte en rio!»

Y tembló: formidable en su memoria  
se alzó horrible, cual lúgubre agonía,  
cual tremenda vision expiatoria,  
la infinita amargura de su historia,  
dolor tras de dolor, día por día.

¿Dónde estaban los lauros triunfadores  
que arrancó de las lides su pujanza?  
¿Dónde sus horas plácidas de amores?  
¿Dónde las tiernas, las fragantes flores,  
sér de su sér y luz de su esperanza?

El ciego incontrastable torbellino  
rugiente se abatió sobre su casa,  
cual fuego intenso, destructor, sanguino,  
que al soplo misterioso del destino  
deja luto y horror por donde pasa.

Sus mujeres las frentes doblegaron,  
sus hijos en sus cunas se extinguieron,  
los años con su peso le agobiaron,  
y ya débil en brazo, se agostaron  
los altos lauros que su faz ciñeron.

Todo perdido en sueños de agonía  
y en el delirio del dolor flotaba;  
todo en su corazon rugiente hervia,  
y Leila sólo á su afanar reia  
y con su dulce amor le consolaba.

¡Y ella tambien, el último tesoro,  
la flor preciada de esplendor naciente,  
ya en los ojos de luz acerbo el lloro,

y los reflejos de sus trenzas de oro  
como nimbo fatal en su alba frente!

– «¡Oh santo Allah! – las ansias exclamaron  
del postrado Jucef: – ¡Oh Dios sombrío! —  
y en sus ojos las lágrimas brotaron,  
y por su blanca barba resbalaron  
cual transparentes gotas de rocío.

## V

¿Por qué su maldición? Pasan los años,  
pero no pasan nunca las memorias,  
que en la conciencia ennegrecida encienden  
siniestra luz entre la oscura sombra.  
No, de la infamia el torcedor recuerdo  
nunca el dolor y la vergüenza borran;  
nunca de la crueldad la horrenda imagen  
el sentimiento conturbado ahoga,  
ni el crimen de brutales apetitos  
en las alas del tiempo se evapora.  
¿Qué fué de aquella triste, profanada  
entre el horror de noche tormentosa,  
al resplandor del implacable incendio  
que las cabañas míseras devora,  
muertos los padres, los hermanos muertos,  
al pié de la tajada escueta roca  
que vecina á la playa de Almuñécar,  
eternas baten las inquietas olas?  
Ellas, subiendo, largas se llevaron,  
léjos, muy léjos, las cenizas rojas;  
ellas, envueltas en su hirviente espuma,  
al fondo de la gruta tenebrosa  
lanzaron los cadáveres, y el alba  
cuando, indecisa, esclareció la costa,  
no encontró los vestigios miserables  
de la infame tragedia pavorosa.  
Pero no borró el mar de igual manera  
en Jucef el recuerdo, que no hay onda  
que lave la conciencia y que se lleve  
lo que al hinchado corazón sofoca,  
lo que en el alma perdurable grita,  
lo que eterno ante Dios sangriento llora.  
Y por eso Jucef del mirab santo  
la blanca piedra con la frente choca,  
y ruega á Allah con llanto de agonía  
perdone, al ménos á su Leila hermosa.

## VI

Pero como Dios no oye  
á los réprobos, y el llanto  
de Jucef mojaba inútil  
las losas del santuario,  
y el semblante entristecido  
de Leila más y más pálido  
se mostraba, y más sus ojos  
ardientes, febriles, lánguidos,  
el cuidado paternal  
por ciego dió en el engaño.  
No vió que el amor es vida  
cuando anhela un sér soñado,  
y anhelándolo le goza,  
y se sublima esperándolo.  
Creyó que la helada muerte  
ya alzaba el horrible brazo  
sobre la rubia cabeza  
que era su vida y su encanto,  
y viendo que Dios no oía  
sus ruegos, se volvió al diablo,  
con la rabiosa esperanza  
del que está desesperado.  
La casa, hasta entónces triste,  
de Jucef ardió en saraos,  
en zambros y en regocijos,  
y entre el giro acompasado  
de indolentes bayaderas,  
resonó sentido y largo,  
como el suspiro del viento  
de la palma en el penacho,  
al compás de guzlas de oro,  
el melancólico canto  
del desierto, que suspira  
el beduino cansado,  
que sigue á la caravana  
en sus amores soñando.  
En Bib-Arrambla hubo justas,  
cañas, sortijas y bravos  
toros de Ronda, en que, audaces,  
sus rejoncillos quebraron  
caballeros de gran prez,  
que ambicionaban el tálamo  
de la incomparable Leila;  
y aunque el mismo Rey, lanzado  
á la arena y vencedor



en su triunfo confiando,  
del airon de grana y oro,  
con gran peligro arrancado  
de la cerviz de una fiera,  
á sus piés la hizo regalo,  
al agradecerlo ella  
lo dijo con tal desmayo,  
que hartó claro se entiende  
lo inútil del agasajo.  
Al fin ya de todo punto  
loco Jucef é insensato  
hizo venir de Marruecos,  
en fuertes jaulas cerrados,  
seis viejos leones rojos  
para en la vega soltarlos,  
y probar si en la árdua caza  
algún galán abrasado  
por los encantos de Leila  
lograba al fin el milagro  
de hacerse amar de la hermosa  
por gentil y por bizarro,  
que aquel que embiste á leones  
por lograr un fin ansiado,  
para no amarle es forzoso  
tener corazón de mármol.

## VII

El día va falleciendo,  
en fúlgidos resplandores  
se va el ocaso encendiendo,  
y ya *las sombras mayores*  
de los montes van cayendo.

Sobre la cumbre nevada  
del Veleta, sonrosada  
por el rojo sol poniente,  
alza la luna la frente  
por nubecillas velada.

Por el ameno pensil  
del soto corre el Genil  
entre floridas riberas,  
y las gallardas palmeras,  
y la alameda gentil,

y en peñascos y en colinas  
los nopales, las encinas,  
responden en són amante  
al beso fresco y errante  
de las auras vespertinas.

Bajo la enramada espesa,  
clara y profunda la presa  
como un espejo se tiende,  
y en blancos chorros descende,  
y en su murmurio no cesa.

Leve el humo en la alquería  
revela el fuego que arde  
en el hogar, y á porfía  
dan las aves su armonía  
á la oracion de la tarde.

Todo es fresco y perfumado,  
la vega, el soto y el monte;  
y el valladar azulado  
de las sierras, anegado  
en el distante horizonte,

Para tener siempre á raya  
al cristiano en la frontera,  
porque ya la luz desmaya,

va previniendo la hoguera  
en sus torres de atalaya.

Que en la tregua Alfonso afloja,  
y ya blanden la cuchilla,  
en las quebradas de Loja,  
con gentes de la Cruz Roja,  
los Infantes de Castilla.

En tanto el sol apresura  
su ocaso, y con largos brillos  
en las cúpulas fulgura  
de Granada, que en la altura  
muestra sus fuertes castillos.

## VIII

Por un sendero  
que al soto baja  
un bello jóven  
gallardo avanza.  
Al aire ondea  
su toca blanca,  
caftan le cubre  
de burda lana,  
su talle ciñe  
revuelta faja  
que el curvo alfanje  
sostiene y guarda;  
cubren sus piernas  
rudas abarcas,  
y el carcax lleno  
de fuertes jaras,  
y la ballesta  
sobre la espalda,  
y el cervatillo  
que al hombro carga,  
revelan, cierto,  
que es pobre y caza,  
y que cazando  
su vida gana.  
La res sangrienta  
deja en la grama,  
y en una piedra  
que besa el agua,  
se sienta y mira,  
miéntas descansa,  
absorto, inmóvil,  
la faz nublada,  
el sonoro  
raudal que canta,  
y sobre el lecho  
de piedras salta,  
y allá se pierde,  
y allá se escapa,  
cual las mentidas  
sombras livianas  
de los ensueños  
de la esperanza.  
Tal vez Ataide,  
que sufre y ama,  
ve en la corriente,

pasando rápida,  
su vida entera,  
su vida ingrata,  
en fugitivas  
sombras fantásticas,  
y en voz de llanto  
doliente exclama:  
«¡Ay vida triste!  
¡Corriente amarga!»

Sus negros ojos  
lucientes lanzan  
fulgores lúgubres,  
siniestras ráfagas,  
cual si en su seno,  
con furia insana,  
se revolviese  
tormenta brava.  
Hay negros días  
de horas menguadas  
en que anochece  
por la mañana.  
Consigo traen  
nubes de lágrimas  
y el duro cierzo  
que hiela el alma.  
¡Desheredado  
desde la infancia!

Los años vienen,  
corren, avanzan;  
el niño es hombre,  
la madre anciana,  
y el raudal ciego  
de la desgracia  
siempre les dice  
con voz aciaga:  
«¡Ay vida triste!  
¡Corriente amarga!»

Hondos suspiros  
Ataide exhala,  
que un imposible  
su sér abrasa,  
y al dueño hermoso  
que así le encanta  
decir no puede  
sus tristes ánsias;  
que ella es orgullo,

prodigio y gala  
de la hermosura,  
la vírgen lánguida,  
la de las ricas  
trenzas doradas,  
ojos de fuego,  
frente de nácar,  
la dulce niña,  
la altiva dama,  
Leila la Horra,  
Leila la Hijara.  
¡Él tan humilde,  
y ella tan alta!  
¿Su amor en donde  
potentes alas  
hallar pudiera  
para alcanzarla?  
Y el pobre mozo  
por sus entrañas  
siente que corre  
hiel que le mata,  
algo que horrible  
su sér desgarrar;  
y en el gemido  
de su garganta  
decir parece  
con voz ahogada:  
«¡Ay vida triste!  
¡Corriente amarga!»

La vió en las fiestas  
de Bib-Arrambla,  
resplandeciente  
como una hada;  
hada sombría  
doliente y pálida.

¿Por qué tan rica,  
tan codiciada,  
de la hermosura  
gentil sultana,  
así insensible  
y así postrada?  
¿Por qué en el Coso,  
quebrando cañas,  
lidiando toros,  
rompiendo lanzas,  
cien caballeros  
de gran prosapia,

que prez y orgullo  
son de Granada,  
deslumbradores  
de ricas galas,  
lucientes joyas,  
bruñidas armas,  
sobre fogosos  
potros del Atlas,  
que el Coso barren  
con sus gualdrapas,  
en las cuadrillas  
giran, se travan,  
como un torrente  
de fuego pasan  
junto al estrado  
de la acuitada,  
y sus preseas  
ante sus plantas  
ansiosos ponen,  
sin que una vaga,  
leve sonrisa  
conmueva plácida  
su hermosa boca,  
ni en dulce llama  
sus negros ojos  
lucientes ardan?  
¿Por qué tal pena,  
desdicha tanta?  
Y cual si el sueño  
que á Ataide embarga  
fuese un conjuro  
que la evocára,  
en los fulgores  
raudos de plata  
que á la corriente  
la luna arranca,  
Leila aparece  
trasfigurada,  
los negros ojos  
ardiendo en llamas,  
voraz sonrisa  
mostrando avara,  
suelta la lengua  
crencha dorada,  
que en su aureola  
radiante baña  
las maravillas  
de su garganta,  
sus curvos hombros,

su seno que alza  
aliento inmenso  
que gime y canta  
y en poderoso  
volcan estalla.  
Leila le absorbe,  
Leila le abarca  
en el encanto  
de su mirada,  
Leila le expresa  
cuantas fragancias,  
cuantas ternuras  
enamoradas,  
las almas sienten  
que se embriagan  
en el misterio  
que amor se llama.  
Dura un momento  
la vision mágica,  
la onda en que flota  
léjos la arrastra,  
y Ataide dice  
con voz que espanta:  
– ¡Hay vida triste!  
¡Corriente amarga!



## IX

Ya el crepúsculo en la noche  
lentamente se va hundiendo;  
con más esplendor la luna  
brilla en el límpido cielo,  
y en la inmensidad perdidos  
resplandecen los luceros.  
Es ya tarde: cuidadosa,  
sin duda en ferviente rezo,  
la infeliz Ayela aguarda  
al hijo que es su consuelo,  
su solo amor en el mundo,  
su solo dolor acerbo.  
De la piedra se alza Ataide  
conmovido y macilento,  
y sobre su res se inclina,  
cuando un cavernoso estruendo,  
atronador, formidable,  
indescriptible, siniestro,  
voz pavorosa de muerte,

## **Конец ознакомительного фрагмента.**

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.